

Carta-prólogo a un joven amigo imaginario que, a buen seguro, es bien real

Para explicarte qué es lo que entiendo por filosofía, he creído que lo mejor es a partir de las dificultades que me has expuesto en más de una ocasión y que, desde luego, no son sólo las tuyas, sino que representan un sentir general. Es cierto que se suele experimentar cierto desasosiego, a la vez que curiosidad cuando se escucha la palabra «filosofía». Es común que el primer encuentro con la filosofía sea desconcertante, pero también es verdad que sólo si uno se acerca al conocimiento de los filósofos puede curarse de sus prevenciones contra ellos, que a menudo son tomados por bichos raros, porque da la impresión de que no ríen, ni lloran, ni se impacientan o se desesperan como los demás. Parece, en suma, que carecen de emociones. En un paso más, las cosas se complican de manera especial, porque cada filósofo tiene su propia doctrina, con lo que una mirada general a la filosofía se parece a un coro en que todos cantan a su aire, o a una romería en la que cada uno baila a su son. Me contaste que tuviste la sensación de que, a lo largo de la historia, no existían notorios avances en aquellos temas a los que los filósofos se dedican con tesón. Ninguna solución convincente aparecía para ti en sus doctrinas acerca del sentido de la vida, de la muerte, de la felicidad o del sufrimiento. Y si algo te llamaba la atención eran sus disputas

entre colegas, aunque de ningún modo relucía en tales discusiones la comprensión que esperabas sobre el buen pensar y el buen vivir.

La conclusión a la que finalmente llegaste en tu primera aproximación a la filosofía se asemeja a la pregunta del padre ante el muchacho que, con cierto miedo, le dice que va a estudiar filosofía y no informática o biología. La pregunta del padre se ha convertido ya en una interrogación estándar: «Pero ¿para qué sirve la filosofía?» La pregunta amenaza, a modo de guadaña, la cabeza no sólo de los que se dedican al oficio de filosofar (no olvido en momento alguno que existe dicho oficio y que es pagado habitualmente por el Estado), sino de los que aspiran a ejercer de filósofos.

Las objeciones que planteas a la filosofía, y que he resumido con la mayor fidelidad posible, son teóricas y prácticas. Por un lado, no se ve un cuerpo de teorías como sucede, por poner un ejemplo claro, con la física. Y no se ve, además, que su utilidad sea medianamente transparente para la vida diaria. Además, es difícil situarla en algún lugar. No equivale a la ciencia, sin duda, pero tampoco se asemeja a, digamos, la poesía, y como sería extraño que tuviera alguna semejanza con el deporte o el culturismo, parecería que no habría más remedio que concluir que estamos ante una actividad fantasma o ante un perverso juego ideológico que promete mucho, pero no llega siquiera a convertirse en diversión.

Esto, que quiere reflejar las dudas y perplejidades de los aprendices a filósofos como tú, merece una rápida respuesta. Especialmente si creo, como lo creo, que filosofar es una de las actividades más fascinantes que podemos desarrollar, y que sería una pérdida, que mermaría a los humanos, su olvido o supresión. Naturalmente que para convencerte de todo ello tengo que dar argumentos sólidos y no sólo referir-

me a mis gustos. Lo haré enseguida. Antes, sin embargo, voy a describir los recuerdos más vívidos, salvados del destructor paso del tiempo, de cómo fue mi primer encuentro con la filosofía; cuál fue, en suma, mi introducción en aquel espacio, al principio oscuro, pero que luego ha alcanzado una luz sin la cual me sería muy difícil vivir.

Era un adolescente cuando me hablaron, en una clase de historia, de Platón y de los filósofos que con él entran en escena. Quedé confuso leyendo y releendo un pequeño manual que servía de base a los comentarios del profesor. No consistía aquello en algo semejante a la literatura, y tampoco era algo parecido a la ciencia. Es bien sabido que los humanos nos sentimos incómodos cuando no somos capaces de identificar lo que pensamos, cuando los estímulos que nos envía la realidad nos superan. Entonces tenemos la impresión de que el caos se ha apoderado de nosotros y nos angustiamos. La vida humana, aprovechando para decírtelo, es una lucha por sobrevivir a tal caos. La ciencia, la religión o el arte serían inconcebibles sin esa necesidad por mantenernos en pie ante la avalancha de hechos que visitan, sin tregua, nuestros sentidos. Pero volvamos a Platón. Al final, sólo me quedó la oscura idea de que unos inclasificables individuos se referían a cuestiones supuestamente importantes pero que no conseguía entender. Fue éste mi primer encontronazo con la filosofía. Estoy convencido de que sintonizarás con lo que acabo de confesarte, puesto que supongo que tus sensaciones deben ser muy semejantes. Pasemos a una segunda vivencia no muy alejada en el tiempo.

La culpa, llamémoslo así, la tuvo un amigo. Me enseñó un libro de filosofía de un autor casi desconocido pero que, según él, era todo un genio. Lo comencé a leer, más para complacerle que por convencimiento, y me di cuenta de que no entendía

nada. Mis ojos bailaban por las letras. Aquello parecía un pozo de inmensas profundidades en el que se hacía difícil ver la luz. Me picó, en medio de aquel mareo intelectual, la curiosidad. Sospechaba que se escondían, entre aquellas letras, tesoros de sabiduría, y seguí leyendo. Ahora me río al acordarme de aquel adolescente que se enorgullecía más por indagar en lo que le superaba que por el contenido de lo que no llegaba a desentrañar. La experiencia me hizo dar un paso más. Ahora me excitaba la curiosidad por entrar en el alma de unos personajes que podían hilar tan fino, tan lejos de lo que parece que es el entendimiento común. Se lo conté a mi padre. Le dije que había tenido una vivencia que, a buen seguro, habría de condicionarme para el futuro. Desde entonces me ha sido imposible no continuar leyendo y pensando en lo que vamos a llamar, a falta de otro nombre, filosofía.

¿Por qué he narrado esas dos vivencias particulares? Antes de nada, para hacerte ver que también a mí me produjo extrañeza al principio el mundo de la filosofía y que lo sentí muy ajeno a mi propio mundo. Pero si tienes la suerte de no tirar el libro de filosofía que caiga en tus manos y contar con alguien que te acompañe, inmediatamente oirás el eco del mejor de los repliegues de nuestra conciencia, la curiosidad. Cuando Aristóteles sentenció que los seres humanos filosofamos porque nos admiramos ante lo que existe, estaba, como tantas veces, dando en la diana. Si no eres curioso, si no somos capaces de admirarnos de nuestra existencia, de la de los demás y de la del mundo entero, jamás nos aproximaremos a la filosofía. Pero añado también que tampoco llegaremos a conocernos o, lo que es lo mismo, nunca nos comprenderemos como lo que somos, seres rodeados de misterio, estimulados por un conjunto de interrogantes, incitados a pensar y repensar.

Ha aparecido, por tanto, la idea de la curiosidad. La curiosidad, además, no es un mero accidente. La conciencia nos lleva a la pregunta, a la admiración, a ser curiosos. En un célebre libro, producto de unas clases tuyas, el filósofo Heidegger afirmaba, con ese tono evocativo que caracteriza el romanticismo teutón, que uno comienza a filosofar siendo ya filósofo. ¿Qué es lo que quería decir? Expuesto de una manera un tanto tosca, lo que Heidegger defendía era que, precisamente porque uno se encuentra dentro de los problemas de la filosofía, sabe ya de alguna manera en qué consiste. En efecto, sólo porque uno ha sufrido, ha gozado, se ha preguntado por el modo más adecuado de convivencia o ha llorado ante la muerte, puede interrogarse también por la filosofía, porque ésta se enfrenta al dolor, a la felicidad, a la justicia o al sentido último, si es que lo tiene, del vivir humano. La filosofía, en consecuencia, no inventa nada, sino que codifica lo que todos, por el mero hecho de estar erguidos y utilizar el cerebro, nos preguntamos.

Te habrás dado cuenta de que, casi sin notarlo, te he introducido en el campo filosófico. No se trata de magia o de seducción (aunque algo de ésta, como en todo lo que importa, es siempre bienvenida), sino de constatar una realidad. Sólo que eso no es suficiente. Me toca ahora dar cumplida respuesta a las objeciones que he ido planteando contra la filosofía y que reflejan de hecho las tuyas y, también, las de la mayor parte de los que no son filósofos.

No niego que en cada una de tus objeciones, si es que así se las puede llamar, hay algo de verdad. Pero esa parte de verdad no anula lo que voy a afirmar de manera tajante: las objeciones o dificultades se basan más en una ignorancia de lo que es la filosofía que en su propia realidad. Pueden estar llenas de prejuicios y fundamentarse en una falacia bien conocida por los antiguos (la llamaban *ignoratio elenchi*), que consiste en hacerse un enemigo a medida.

Antes de nada, hay que decir que la filosofía no es un cuerpo de conocimientos que se coloca al lado, por ejemplo, de la biología o de la etología. Como enseguida intentaré explicarte, la filosofía es más una *actividad* que una doctrina cerrada o un conjunto de teorías. Por poner un ejemplo a mano. Si trato de aclararme acerca de mis principios morales, no tengo más remedio que tomar distancia de mí mismo y preguntarme cuál es la razón de que juzgue moralmente perverso a quien, por ejemplo, tortura. Al final, la razón podría ser que al torturar se introduce una práctica que, si todos la usaran, acabaría pervirtiendo a toda la sociedad. O, por el contrario (y es ésta, por cierto, mi propia forma de pensar), puedo estar convencido de que los seres humanos, en su real dignidad, no toleran la humillación física o psíquica. El resultado de dicha indagación, en cualquiera de las dos posturas, es el siguiente: he puesto en orden mis ideas morales y los principios en que se sustenta mi vida moral; he clarificado la estructura que subyace a los juicios morales que doy, como hace todo el mundo, desde que me levanto hasta que me acuesto; y ahora valoraré las distintas doctrinas o teorías morales en función de la que yo sostengo y que, según mi razonado descubrimiento, pienso que es la mejor.

Como ves, no he creado un cuerpo de conocimientos más, tal y como te indicaba anteriormente, comparándolo con lo que conozco sobre las partículas cuánticas o sobre la historia de la astrología, lo que he hecho ha sido introducir una transparencia inquestionable en mi mente, en concreto, y en mi vida, más en concreto aún. Es eso una actividad, y la filosofía, por encima de todo, es actividad clarificadora acerca de los componentes, teóricos y prácticos, en los que nos movemos. Es ésta una primera precisión que limita no poco las dificultades que planteabas, ya que se entiende que, en consecuencia, no hay que

exigir, a la filosofía un conocimiento que la sitúe como una más dentro del conjunto de las ramas del saber.

En segundo lugar, la filosofía es una actividad enormemente extendida, inmensamente amplia. Tanto que se ocupa, como más adelante intentaré poner de manifiesto, de los intereses propios del *homo sapiens*, que van desde la lógica hasta la estética. (Por eso, y perdona que introduzca aquí un paréntesis de tono utilitarista, llama la atención la queja de algunos que, desconociendo qué es lo que se estudia en filosofía, dan por sentado que no vale para nada. Ignoran que una buena formación en lógica-matemática, en crítica de arte o en historia no es humo de pajas o retórica desfasada.) Pero continuemos con el ramillete de saberes que conforman la filosofía. Conviene tener claro si es a todo ese conjunto de supuestos saberes o a alguno en concreto al que se le puede poner reparos, porque podría suceder que, al tratarse de una actividad que no se limita a una sola parcela de la realidad, su esencia se diluya en todo lo que podemos conocer. Y efectivamente es así. La filosofía es una constelación de saberes, un intento por mirar hacia un lado y a otro, una apuesta por encontrar un acomodo al conjunto de conocimientos que poseemos. Veo difícil que a una empresa de ese tipo se la llame confusa o desfasada. Aceptaría que se la tachara de arrogante o utópica. Tal vez. Sólo que es ése el sello de cualquiera que tenga la conciencia viva y no se haya convertido en un viejo precoz o en un ser inerte.

En tercer lugar, y se sigue de lo que acabo de decirte, la filosofía no pierde nunca contacto con la ciencia. Permíteme, en este momento, que haga una pequeña incursión histórica hasta los comienzos de eso que llamamos filosofía, que, como sabes, nació en Grecia hace más de dos milenios y medio.

Los primeros filósofos, que eran médicos y físicos en su mayoría, protagonizaron una rebelión incomparable contra las explicaciones de los mitos. No se plegaron a las leyendas religiosas, sino que se atrevieron a pensar y a preguntar directamente a la naturaleza usando la razón. Por eso la filosofía nace como liberación y unida a la ciencia, y por eso no tiene nada de extraño que uno de los padres del evolucionismo moderno, Lamarck, llamara «filosofía» a su obra zoológica o que Newton bautizara con el mismo nombre a lo que fueron sus principios matemáticos aplicados a la física. Todo lo dicho no elimina que existan filósofos más escorados a la crítica literaria, al fenómeno estético o a otros campos que no se casan inmediatamente con las ciencias duras. Pero incluso en estos casos se les exige que conozcan bien la historia en la que se mueven o los principios a los que dicen agarrarse.

Si de lo que vengo exponiendo quieres que saque una conclusión provisional que dé alguna respuesta a las, para ti, acuciantes preguntas, dividiré dicha conclusión en tres partes:

1. La filosofía, antes de nada, es una actividad que trata de poner en claro nuestro conocimiento del mundo y de nosotros mismos, y que se cultiva en las facultades de filosofía. Los que a ella se dedican son los filósofos profesionales. Una de las desgracias de esta profesión tiene lugar cuando los que la imparten son más profesores de oficio que de vocación. Esta desgracia se perpetúa cuando el Estado, influido por un mercantilismo carente de ideología, cree que la actividad filosófica debe suprimirse en bien de la técnica. De esta manera no sólo se elimina una instancia reflexiva sobre las estructuras del conocimiento y de la acción humanos, sino

que se facilita la construcción de un mundo enanizado, donde lo que se produce y se posee elimina la existencia de sujetos autónomos que no desean ser juguetes de los objetos.

2. En segundo lugar, la filosofía es, en potencia, una capacidad de cualquier ser consciente. Se ha citado hasta la náusea la célebre frase de Kant según la cual no se aprende filosofía sino que se aprende a filosofar. Efectivamente, y como también observaba otro filósofo menor, el marxista Gramsci, todo el mundo es filósofo. Así es, todo el mundo, además de ser fontanero, zoólogo o trapealista, se ve obligado a pensar sobre el sentido de su existencia, lo cual implica una mirada reposada al conjunto de lo que creemos y de lo que hacemos.
3. Finalmente, se hace un uso un tanto extraño del término «filosofía», que últimamente nos inunda como si de un gran descubrimiento se tratara. Se habla de la filosofía de la empresa, de la filosofía del proyecto o de la filosofía de la banca. Si lo que se quiere decir es que estamos ante una consideración general de lo que es la empresa, el proyecto o la banca, nada hay que objetar. Pero si de lo que se trata es de dar un rango importante a la actividad en cuestión, echando mano de una venerable palabra, hay que resistirse y recordar que la filosofía, pegada a la vida humana como una sombra de reflexión, no la hacen ni las empresas ni los proyectos ni los bancos, la hacemos los humanos, y cuanto más sepamos, más posibilidades tendremos de unificar el conjunto de nuestros saberes de un modo crítico. De ahí que una aliada indispensable de la filosofía sea la ciencia, y de ahí, también, la necesidad de que a la triste división entre ciencias y letras se le ponga

remedio y se deje de aislarlas más y más. Habría que intentar que se abrazaran de tal manera que pudiéramos obtener al final una visión unitaria de todos nuestros saberes.

Aunque creo haberte dado respuesta, siquiera de forma provisional, a tus dudas y perplejidades, no quiero acabar este primer contacto contigo sin fijarme en dos aspectos adicionales a los que, estoy convencido, les concedes una considerable importancia. Por un lado, la extraña personalidad de los filósofos —o son unos burócratas, con tinte de ex seminaristas, o bordean una locura que poco invita a tratarles—, y por otro lado, es probable que continúe rondando por tu mente una insistente interrogación: ¿Cuál es realmente la utilidad de la filosofía? Voy a comenzar por la segunda de tus inquietudes.

Si por utilidad se entiende una aplicación inmediata y directa de un conocimiento, la filosofía no es, en sentido estricto, útil. Pero es obvio que una preparación general adecuada predispone a ser directamente útil en no pocas actividades. En cualquier caso, no conviene engañar y debemos reconocer con claridad que el que se dedica a la filosofía, y al margen de la habitual tarea de enseñársela a los demás (cosa que, si se consigue dentro de la cadena oficial estatal de la enseñanza, proporciona un sueldo que, sin ser extraordinario, sí sirve para vivir, además de garantizar la seguridad propia del funcionariado), no otorga la habilidad de un ingeniero, de un arquitecto o de un quiromante.

Hay, sin embargo, otro tipo de utilidad que le es propia a la filosofía y que sirve y mucho al ser humano en general, por lo que yo te la recomiendo con todo mi corazón. Consiste en poder entrar menos inerme dentro de uno mismo y reforzar así nuestra existencia. Lo que acabo de decir te puede parecer

abstracto, pero no lo es en modo alguno. Porque mejorar el conocimiento propio, no dejarse llevar por los tópicos, saber argumentar sustrayéndose a las falacias habituales, estar atento para que no le den a uno apariencia por realidad, gozar con una teoría científica o con una novela sin ser biólogo o escritor, poner a punto los poderes que cada individuo tiene en su mano para sacar jugo a la vida, son cosas inmensamente útiles. No se trata, desde luego, de la utilidad que hace referencia a un oficio concreto, sino de aquella que posibilita dilatar nuestras vivencias, acumular experiencias, ser un poco más felices de lo habitual y conseguir, en fin, una estancia digna en este mundo. Me podrías decir, sin duda, que, como afirma uno de los personajes de Shakespeare, de tanto pensar uno se puede volver loco. Te aseguro que eso no es verdad. La mala locura proviene, más bien, de que piensen por uno, de no estar capacitado para enfrentarse con el mundo, o con uno mismo, o del tedio de un vivir infrahumano. Se debe al filósofo S. Mill la frase de que es mejor ser un humano insatisfecho que un cerdo satisfecho. La sentencia es certera. Porque la satisfacción de la inacción, de lo instintivo o de la pereza es una satisfacción irreal, falsa; falsa puesto que, a la larga, lo reprimido surge con la fuerza de lo que ha sido violentado. Detrás de caras aparentemente satisfechas se esconde, muchas veces, la mueca de un dolor profundo que, al no haber sido reconocido, opera como un aguijón invisible.

Con todo esto no quiero decirte que la filosofía sea como el elixir que todo lo cura o una terapia que te liberará de todos tus males. Independientemente del consuelo que pueda ofrecer (*Sobre la consolación de la filosofía* es el título de cierta obra clásica), la filosofía es el intento de poner ante nuestros ojos lo que somos, sin pestañear ante lo difícil de la empresa o

ante los muros que inevitablemente se alzan. Porque, efectivamente, nunca daremos con la respuesta rotunda a nuestra existencia. No nos hemos creado y no hay dioses entre nosotros. Una última tiniebla nos envuelve, y la esfinge no nos resuelve el enigma. Pero eso no es óbice para que, con la razón que nos constituye, nos acerquemos al límite de lo que somos capaces de conocer. Así nos aclaramos, al menos, sobre lo que podemos saber y lo que no podemos saber. Cuestión decisiva para vivir como humanos. Además, como escribió Nietzsche, hasta los dioses podrían aprender algo de los hombres y de las mujeres.

¿Qué decir sobre el filósofo como hombre o como mujer? Antes de nada, a pesar de la abundante bibliografía que en los últimos tiempos quiere hacer justicia a las mujeres filósofas, hay que señalar que es un hecho que los filósofos que han dejado su sello y nos han condicionado y condicionan con su influencia fueron hombres. Tanto es así que el escritor Graves pensaba que la filosofía, en su nacimiento, es una rebelión del hombre prosaico contra el hechizo de una sociedad preindoeuropea, amamantada culturalmente por las diosas madres. La filosofía sería el último golpe de gracia contra la poesía de lo femenino, contra aquella idílica Vieja Europa a la que la lógica de los griegos impone, al fin, la cultura de la razón frente a la mucho más amplia vida del corazón. En este sentido Sócrates, apartando de su lado a su mujer Xantipa cuando estaba a punto de morir, constituiría el símbolo más logrado de la victoria de lo masculino frente a lo femenino. Creo que la interpretación en cuestión, por mucho atractivo que posea, es una media verdad, porque el poder del hombre sobre la mujer, al menos en lo que a la parte superficial de la sociedad se refiere, no es un asunto que atañe sólo a la filosofía. Tampoco creo que la

filosofía sea la última justificación del ascenso masculino a los puestos de mando. El fenómeno no es tan simple. En cualquier caso, no hay más remedio que conceder que la filosofía, como la ciencia, se ha cocido entre hombres y que, como todo y afortunadamente, empieza a cambiar a mayor velocidad de lo que podríamos prever.

¿Son los filósofos seres intratables? ¿O son más bien una especie a medias entre el monje y el científico? El filósofo puede parecer un personaje brumoso, oscuro, con un raro comercio con el mundo. Un personaje, en suma, difícil y atípico. En parte es verdad. Schäferstein, en un brillante libro sobre la vida de los filósofos*, ofrece un cuadro bastante ilustrativo. De veintidós ilustres filósofos, sólo ocho se casan. Además, son de todos conocidas las bobadas que de sus plumas han salido a la hora de hablar de las mujeres. Nietzsche nos aconsejaba llevar látigo si con ellas íbamos; Schopenhauer puso los pensamientos femeninos en relación inversa con la longitud de sus cabellos; Hume las consideraba oportunas en aquellas reuniones en las que la conversación discurre por el camino de lo frívolo, y Descartes decía, es fácil suponer que con tonta malicia, que quería escribir con una claridad tal que incluso le entendieran las mujeres. Ninguno de los citados, por cierto, mantuvo una relación estable con una mujer. Los filósofos, en general, cuando han hablado sobre la mujer o sobre la guerra se han lucido. O, para ser sinceros, han hecho el ridículo.

Como ves no soy muy indulgente con la vida de los filósofos. Pero en modo alguno los satanizo. Incluso creo que se les puede disculpar, si no justificar. Es lo que intentaré hacer inmediatamente.

* *Los filósofos y sus vidas*, Cátedra, Madrid, 1984.